

ISBN 958-9475-21-3



Universidad
del Cauca

La Ciencia Política en la Universidad del Cauca:

*Ponencias y Discursos
de los Actos Conmemorativos
1996 - 2001*

*André-Noël ROTH DEUBEL
Lyda Teresa CORDOBA HOYOS
Compiladores*



Universidad del Cauca
Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales
Departamento de Ciencia Política

Serie "Temas de Ciencia Política" No. 2 - 2001

SERIE: «TEMAS DE CIENCIA POLITICA»

No. 2 - 2001

**La Ciencia Política en la Universidad del Cauca:
Ponencias y Discursos de los Actos Conmemorativos
(1996-2001)**

Universidad del Cauca

Danilo Reinaldo Vivas Ramos

Rector

Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales

Edgar Camacho Godoy

Decano

Departamento de Ciencia Política

André-Noël Roth Deubel

Jefe de Departamento

Luis Alfredo Atehortúa

Guillermo A. D'Abbraccio

Jaime Fajardo Oliveros

William Mina Aragón

Alexander Montoya Prada

Carlos Alberto Murgueitio

Hernando Paredes Salazar

Jairo Hernán Ortíz Ocampo

Gildardo Vanegas Muñoz

Carolyn Jean Wenholz

Departamento de Ciencia Política

Facultad de Derecho, Ciencias Políticas Y Sociales

Universidad del Cauca

**LOS AVANCES, LOS RETOS Y LA CRISIS DE
NUESTRO CAMPO DE CONOCIMIENTO: RE-
FLEXIONES OBLICUAS SOBRE EL PANORAMA
DE LA CIENCIA POLÍTICA EN ANTIOQUIA**

*Ponencia presentada en la Universidad del Cauca
Popayán, 2 de mayo de 2001*

*Manuel Alberto ALONSO ESPINAL
Profesor, Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia*

Antes de comenzar debo aclarar el por qué del título de mi charla. En el Diccionario de la Real Academia Española se define lo oblicuo como lo sesgado o desviado de la horizontal, y la oblicuidad como aquello que tiene dirección al sesgo. Si me ajusto a esta definición tendría que comenzar afirmando que el verdadero título de la charla que voy a presentar es *Reflexiones sesgadas y parciales sobre el panorama de la ciencia política en Antioquia*. Y me interesa resaltar lo sesgado y parcial de la exposición pues, para ser honesto, creo que todo lo que voy a decir se reduce a la presentación, en público, de algunas preocupaciones que me surgen cuando veo los avances, retos y desafíos a los que se enfrenta la investigación que se ocupa de la política, la guerra y el conflicto colombiano.

En este sentido, el tema de mi charla no es más que la presentación organizada de una preocupación personal; y no sobra aclarar que como toda preocupación personal que

se respete no tiene, por tanto, ninguna pretensión académica. Y afirmo esto porque creo, siguiendo a Heywood, que cualquier panorama que se intente hacer de la ciencia política es probable que produzca más confusión que alivio o tranquilidad pues, el problema de la política es que el debate, la controversia y el desacuerdo son inherentes a la misma, y la definición de la política o lo político no es una excepción¹.

Después de esta aclaración puedo comenzar. El texto que voy a presentar se divide en tres partes. En la primera, bosquejo algunas notas generales sobre los contenidos y rasgos de los estudios sobre política en el país apoyándome en el balance que sobre la disciplina realizaron Gabriel Murillo y Elisabeth Ungar². En la segunda, realizo una breve presentación de las transformaciones generales que viene experimentando la política en el nuevo contexto global y los retos que imponen estas transformaciones para el estudio de la política en el país. Finalmente, en la tercera parte presento algunas reflexiones sobre los rumbos que viene tomando la investigación sobre la guerra, la política y el conflicto en Antioquia y, complementariamente, algunas notas sobre los peligros que acechan a aquellos académicos que se ocupan del estudio de los procesos y fenómenos políticos en la región.

1. El panorama general de la ciencia política en Colombia

Si nos ajustamos a la definición clásica de la ciencia política como aquella forma de conocimiento empírico que se ocupa de los fenómenos políticos - de lo que es el Estado para unos, el poder para otros, y el gobierno para otros, a través de un

método científico caracterizado por la comprobación empírica, la explicación descriptiva, la no valoración, la particularidad, la acumulabilidad, la operacionalidad y la aplicabilidad, tendríamos que afirmar, a la hora de presentar un panorama general sobre la ciencia política en el país, que el desarrollo de esta disciplina en nuestro contexto se ha dado por fuera de los marcos epistemológicos y metodológicos que dieron a los estudios de la política su estatuto de cientificidad, es decir, tendríamos que afirmar que en Colombia el desarrollo de la ciencia política ha sido poco.

Y cuando señalo esto no estoy desconociendo la existencia de una importante tradición académica de estudios sobre la política en el país. Simplemente, lo que pretendo afirmar es que nuestra tradición académica de estudios sobre la política se inscribe en el campo disciplinar de otras ciencias sociales -la sociología política, la historia política, la criminología, la administración pública-, y no en el campo disciplinar, autónomo y diferenciado de investigación que ha sido denominado como Ciencia Política. Es decir, nuestros estudios sobre la política se han estructurado por fuera de los marcos teóricos y metodológicos que dieron forma a la ciencia política bajo el contexto de la revolución conductista.

En este sentido, la primera conclusión que podemos sacar es que nuestros estudios sobre la política han sido cautelosos y han guardado muchas distancias con aquel paradigma que define a la ciencia política como el tipo de conocimiento basado en micro-teorías elaboradas con el apoyo de un procedimiento científico que comprende la construcción de conceptos empíricos, la construcción de hipótesis, clasificacio-

nes y taxonomías (ordenamientos jerarquizados), la formulación de generalizaciones y leyes tendenciales, de regularidad o probabilística y, la elaboración de una teoría entendida como un conjunto de generalizaciones interconectadas, como esquema conceptual ordenador y clasificador. Es decir, en sentido estricto, no hemos hecho ciencia política.

Esta primera conclusión nos permite abordar dos preguntas centrales para los fines de esta charla. La primera, que resulta totalmente obvia, es: ¿Si no hemos hecho ciencia política, entonces, que es lo que hemos hecho? La segunda, menos obvia por supuesto, puede ser formulada más o menos así: ¿Cuáles son las ventajas y cuáles son los problemas que subyacen a nuestra forma específica de estudiar los fenómenos políticos?

Intentando responder el primer interrogante podríamos afirmar, sencillamente, que en Colombia el campo intelectual que se ha denominado como ciencia política no es otra cosa que un campo disciplinar en el cual convergen un conjunto de estudios sobre lo que es la política y lo político en la sociedad colombiana. Más específicamente, se puede afirmar que lo que se ha dado en denominar ciencia política no es otra cosa que un campo académico difuso e inacabado, marcado por discrepancias y desacuerdos, en el cual se entrelazan y convergen estudios sociológicos, económicos, históricos y jurídicos sobre los fenómenos políticos del país.

Lo que intento destacar, entonces, es que el desarrollo histórico de lo que podríamos denominar (ajustándonos a la realidad) los estudios politológicos en Colombia se dio en un

contexto interdisciplinario en el cual, la pretensión de construir un objeto de reflexión propio, estuvo siempre supeditado y sometido al desarrollo y las dinámicas de las otras ciencias sociales. Incluso, podríamos afirmar que esta pretensión respondía a los intereses académicos y posiblemente a los embelecos de algunos sociólogos, historiadores, juristas, administradores públicos y economistas que desde su campo disciplinar comenzaron a perfilar y construir líneas de investigación centradas en el estudio de los fenómenos políticos. En este sentido, la historia de los estudios politológicos en Colombia es la historia de las relaciones de este campo disciplinar con otras ciencias que comparten un mismo objeto de reflexión: el de la sociedad y sus procesos de transformación³.

En esta interrelación con otras ciencias es posible identificar tres grandes momentos y algunos ejes temáticos de la politología en Colombia. Un primer momento, el de los antecedentes, marcada por la creación a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, de un curso de introducción a la ciencia política en la Universidad de los Andes, de una sección de ciencia política en la facultad de Artes y Ciencias de la misma universidad y de un programa de Maestría en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana. Este primer momento estuvo marcado por el intento de “superar la brecha existente entre el análisis técnico, propio de la escuela funcionalista de la sociología, y el conocimiento sistemático de los fenómenos políticos”. Su rasgo central fue la definición de una estructura politológica formal que enfatizaba en el análisis de las políticas públicas. Temáticamente, las investigaciones se complementaban con

estudios sobre historia política colombiana, movimientos sociales, partidos políticos, teoría política, metodología y estudios sobre la violencia⁴.

El segundo momento, que va desde mediados de los años setenta hasta finales de la década de los ochenta, estuvo marcado por la bifurcación analítica y práctica que se dio entre los estudios politológicos centrados en el tema de la administración pública y los estudios políticos de corte interdisciplinario adelantados por el Cinep, el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y la Fundación Foro Nacional por Colombia. Temáticamente, este segundo momento estuvo marcado por la preponderancia que adquieren los estudios sobre la violencia y los procesos de paz. Complementariamente, en este segundo momento, se desarrollaron investigaciones sobre derechos humanos, desarrollo político regional, historia política, partidos políticos y movimientos sociales y sociedad civil⁵.

El tercer momento, que comienza al inicio de la década de los noventa, estuvo marcado por la proliferación de centros y programas docentes orientados al estudio de la politología y, fundamentalmente, por la consolidación de cinco líneas de investigación: a) la línea centrada en el tema del clientelismo y la estructura social, que como aspecto novedoso introduce el análisis de las élites regionales, sus relaciones sociales, vínculos y costumbres políticas; b) la línea de coyuntura política, que privilegia el análisis histórico de los contextos políticos y, por tanto, una mirada no coyuntural de la coyuntura; c) la línea sobre sociedad, política y violencia, que se ocupa

del análisis de las relaciones sociales y políticas de los actores y las instituciones políticas, y en el estudio de los referentes simbólicos que dan forma a nuestra configuración política; d) la línea de historia política y, e) la línea de investigación que gira en torno al estudio de las interacciones que se dan entre el Estado, la sociedad civil y lo público, con un enfoque que enfatiza en el carácter relacional y conflictivo de la política. No sobra señalar que estas cinco líneas no agotan el campo temático de desarrollo de la disciplina pues, en este tercer período, la lista de programas y centros de investigación nuevos es bastante extensa.

El esbozo de estos tres momentos y la presentación de las diferentes temáticas abordadas por los estudios políticos o la politología colombiana, si bien no es exhaustiva, por lo menos nos permite concluir tres cosas. La primera señala que la disciplina se ha estructurado a partir de las variaciones epistemológicas y metodológicas experimentadas por el conjunto de disciplinas con las cuales se ha entrelazado históricamente y, como correlato, ella está marcada por el peso que tienen los enfoques pluralistas, genéricos, heterodoxos e híbridos, en la construcción de sus presupuestos epistemológicos. La segunda conclusión señala, entonces, que un rasgo central de la disciplina en la actualidad es la extrema diversificación temática y, como correlato, la incapacidad de ésta para definir sus fronteras a través del diseño de un enfoque particular y dominante. En último término es una disciplina teórica y metodológicamente difusa. La tercera conclusión afirma, que a pesar de lo anterior, la politología en el país ha alcanzado un alto grado de institucionalización y de reconocimiento.

Ya sabemos, entonces, que en el país no han existido escuelas de ciencia política propiamente dichas, pero sí una tradición de estudios políticos pluralistas, genéricos, heterodoxos, híbridos, y marcados por una amplia diversificación temática y por la inexistencia de construcciones teóricas y metodológicas rigurosas. Ahora sí, podemos abordar nuestro segundo interrogante: ¿cuáles son las ventajas y cuáles son los problemas que subyacen a nuestra forma específica de estudiar los fenómenos políticos?

En términos de las ventajas podemos afirmar que la no rigurosidad metodológica que subyace a nuestra forma específica de estudiar los fenómenos políticos, fue un factor determinante para que el campo disciplinar de la politología tuviera un crecimiento continuo e ininterrumpido durante las últimas tres décadas pues, esta no rigurosidad o este distanciamiento con el método científico, nos mantuvo alejados de las reacciones generadas por la ciencia política conductista. Lo que intento señalar es que nuestra distancia con el ideal abstracto de rigor metodológico nos libró de caer en la tentación de expulsar del ámbito de la política, la discusión sobre los valores y los fines de la política, nos permitió comprender los fenómenos no cuantificables que vuelven legítimo o ilegítimo el ejercicio del poder, nos enseñó de manera heterodoxa a vincular el estudio de la política con la dimensión histórica de las transformaciones de la sociedad y, complementariamente, nos permitió evadir la crisis de los paradigmas y todos los cuestionamientos que se hicieron acerca de la incapacidad mostrada por el paradigma científico de la política para producir un efectivo conocimiento de los fenómenos políticos, debido a su empeño por alcanzar un co-

nocimiento cierto absolutamente preciso y cuantificable de la vida social.

En términos de los problemas podemos señalar que nuestra forma de estudiar los fenómenos políticos a generado, siempre, una crisis de identidad, identificación y ubicación del objeto de la disciplina como tal. En primer lugar, porque bajo el contexto de la amplia diversidad temática que nos caracteriza, el objeto de estudio —el que es la política— se triza y se convierte en un campo fractal difícil de nombrar. La concepción de la política como todo aquello que tiene que ver con el Estado y sus instituciones, o como todo aquello referido al origen, la estructura, la función y los fundamentos del poder; o como aquello conformado por los procesos sociales que de una manera u otra involucran decisiones colectivizadas; hace que el concepto de política que subyace a la politología colombiana sea difuso y vaporoso.

En segundo lugar, porque el escaso rigor metodológico ha conducido a una profunda banalización de nuestro campo disciplinar. No cabe duda, como lo afirma Gabriel Murillo, que nuestra disciplina se caracteriza por la mezcla imprecisa entre la profusión de profesionales con una base sólida de recursos teóricos y metodológicos y la aparición y dispersión de opiniones ligeras y proyectos de investigación instrumentalizados por las necesidades circunstanciales y cambiantes de tantos interlocutores que requieren de servicios políticos “profesionales”⁶. Para decirlo sin rodeos, es evidente que hoy resulta excesiva la cantidad de personas que, sin serlo, se presentan tanto en la academia como en el mundo de la política, como politólogos.

Hasta aquí, lo que podemos denominar mis reflexiones oblicuas sobre el panorama general de la ciencia política en el país. En el apartado que sigue quisiera plantear algunas cortas reflexiones sobre los retos que debe asumir la politología colombiana hacia el futuro.

2. La politología colombiana en el contexto de las nuevas transformaciones de la política

Si tenemos en cuenta lo que he dicho hasta aquí, entonces resulta una obviedad decir que el gran desafío de los estudios políticos colombianos hacia el futuro es plantear un claro debate en torno a los presupuestos teóricos y metodológicos que deben orientar el desarrollo de la disciplina y, como correlato, se debe plantear un debate orientado a la delimitación precisa del objeto que da forma y nombra a nuestro campo intelectual. Sin embargo, la obviedad se hace menos evidente cuando afirmamos que este debate solo se puede dar a partir del análisis de la crisis y las transformaciones que experimenta la política en la actualidad. Me explico. Creo que es imposible reorientar nuestra forma de leer y estudiar los fenómenos de la política sin tener presente, en primer lugar, que la ubicación que hacíamos de la política como un campo autónomo en el plano de lo real y de lo cognitivo, es decir, la mirada angelical que teníamos de la política está en crisis y, en segundo lugar, que también está en crisis la función que le asignábamos a la política como reguladora y creadora de la sociedad, es decir, está en crisis la función de la política como la creadora privilegiada del orden.

Desde la perspectiva de la teoría de sistemas resulta evidente

que las sociedades contemporáneas presentan como rasgo central su alta complejidad funcional. Lo propio de la diferenciación funcional de los diferentes subsistemas sociales - la economía, el derecho, la política, la cultura-, es el paso de relaciones simples entre los subsistemas y sus entornos a relaciones complejas. Una relación simple es aquella relación unilateral, unidireccional, causal y monofuncional. Una relación compleja es aquella caracterizada por un ascendente improbable, por la creciente variabilidad y turbulencia y por la circularidad.

Lo que quiero decir es que las relaciones entre sociedad y economía, política, derecho y cultura están marcadas, en la actualidad, por una creciente improbable, variabilidad, turbulencia y circularidad. Esto aumenta la complejidad de cada subsistema, y como correlato, la complejidad para pensar en los rasgos característicos del subsistema de la política.

En las sociedades modernas, se afirman lógicas de funcionamiento sistémico que articulan el cuerpo social en estructuras distintas y garantizan, de manera simultánea, su interconexión en un complicado y complejo intercambio y entrelazamiento de roles, expectativas, estructuras de selección y formas de funcionamiento. Y, precisamente, este intercambio y entrelazamiento de los diferentes subsistemas sociales, hace inteligibles los contornos de la política, es decir, hace cada vez más complejo el estudio de la política.

La teoría de sistemas y el paradigma de la complejidad cuestiona, entonces, la idea de la política sin entorno, de la política angelical, de la política totalmente autónoma y, además,

cuestiona el lugar y la función de la política en la sociedad. Las sociedades contemporáneas no tienen ya un centro, ya no se dejan describir con la metáfora espacial de la pirámide superior de la política. El sistema político, como concepto, ya no es la expresión del sistema social en su conjunto. El sistema político es simplemente un subsistema al lado de otros, que no goza de un especial primado y de una autonomía plena respecto de los subsistemas de la economía, el derecho, la cultura, la ciencia. En el territorio de la complejidad, nociones como Estado, poder político, soberanía popular, representación, pertenecen a un léxico, a un uso del lenguaje que se muestra bastante limitado. De allí, la crisis de la definición misma de la política, la crisis del objeto y la crisis a la que se verán sometidas las disciplinas que pretenden comprender y estudiar la política.

Creo que Norbert Lechner expresa muy claramente este paradigma de la complejidad en su trabajo sobre las megatendencias sociales y los cambios en la política. A través de este autor podemos presentar esquemáticamente la doble crisis de la política a través de las figuras del descentramiento e informalización de la misma.

2.1. El descentramiento de la política.

Como consecuencia del fin del sistema bipolar, de los procesos de globalización y segmentación social, del auge de la sociedad de mercado y la reorganización del Estado, hoy se aprecia una clara **pérdida de centralidad de la política.**

Hasta hace poco tiempo, y como consecuencia de la moder-

idad, que significaba la producción del orden social, era evidente el primado de la política como instancia de representación, regulación y conducción de la vida social. La historia de la modernidad era en gran parte la historia de la producción del orden social a través del primado de la política.

Esta función asignada a la política se encuentra en entredicho. En el mundo de hoy, la gravitación de los procesos sociales se desplaza cada vez más de la política a la economía en un proceso global en el cual, las dinámicas del mercado son las determinantes del dinamismo social.

El descentramiento de la política, es decir, la pérdida de ubicación de la política, está marcada, entonces, por los ataques a la función asignada a la política como productora y creadora de un orden. En el nuevo contexto mundial, todo intento de construcción deliberada de futuro -función histórica asignada a la política- aparece como una interferencia arbitraria e indebida en los mecanismos espontáneos de autorregulación social y, aquí, lo importante es el carácter problemático que adquiere el papel tradicional asignado a la política como instancia privilegiada de coordinación social. En su descentramiento, la política pierde el lugar que tenía en el mundo, su ámbito de acción desaparece en términos espaciales y temporales.

El espacio de la política tradicionalmente se refería al Estado nación hasta tal punto que se identificaba política y Estado. Hoy los espacios se han redimensionado, transnacionalizado, y los conceptos de la nación y el Estado se hacen cada vez

más problemáticos y distantes de esa realidad global del sistema mundo. El redimensionamiento del espacio y la pérdida de capacidad explicativa de los conceptos de Estado y Nación, hacen que se diluya el lugar tradicionalmente asignado a la política y que debamos reformular, permanentemente, entonces, el objeto de nuestro interés como disciplina académica.

2.2. La pérdida de legibilidad de la sociedad

El correlato de la creciente complejidad social y del descentramiento de la política es la progresiva desaparición de los referentes identitarios que servían a los individuos para desarrollar sus biografías personales y, como consecuencia de esto, el surgimiento de una sociedad opaca y marcada por fuertes procesos de individualización, inseguridad e incertidumbre. Desde esta perspectiva, el aspecto clave de la crisis de la política en la actualidad es la creciente individualización y fragilización del sujeto de la modernidad. Con esta idea estoy refiriéndome al “*proceso de desconexión*” –de *desafilación*, en términos de Castel– que experimentan los individuos cuando el efecto emancipatorio del individualismo moderno –que se sustentaba en la autonomía y en la creación de sujetos portadores de derechos– se traduce en una percepción permanente de inseguridad, que obliga a cada uno a pulir su propia biografía personal sin orientarse por nada exterior a sí mismo.

La individualización como principio emancipador –como principio que daba forma al individuo autónomo y conquistador de la modernidad– produce, en el contexto de la

sociedad globalizada, a un individuo *sufriente* que debe organizar su vida y hacerse cargo de sí mismo de manera más precaria y solitaria. En este sentido, la crisis de la política hoy, está relacionada con las mutaciones que se dan en las relaciones entre lo individual y lo colectivo, es decir, con el surgimiento de un mundo marcado por una progresiva “desvalorización moral de la cosa pública” pues, “hoy se hace cada vez más evidente que el porvenir de los individuos aparece menos ligado a un destino común”. Y, si pensamos en el mundo de la política –en el mundo de las instituciones que dan forma a la política– resulta totalmente evidente que, en el contexto de la progresiva pérdida de contenido de la sociedad y de lo colectivo –y de la avasalladora irrupción de lo social–, la crisis de la política es, en esencia, una crisis marcada por el vaciamiento de los contenidos de la política.

2.3. La informalización de la política.

Finalmente, el descentramiento de la política y la opacidad de lo colectivo se encuentra acompañado de una fuerte informalización de la política. Cada vez es mayor el desdibujamiento del anclaje institucional de la política. Aun cuando las formas institucionalizadas del sistema político se mantienen, pierden protagonismo ante la irrupción avasalladora de formas políticas no institucionales.

La pretensión, nunca del todo realizada, de distinción de la política y la no política a través de la definición de la política como lo referido al Estado hoy se viene abajo; se hace fluida y estalla bajo las condiciones de la creciente informalización de ésta. Hoy, la política se despliega a través de complejas

redes, formales e informales, entre actores políticos y sociales de geometría variable que hacen que la política sea percibida como desorden.

En otras palabras, hoy “lo político irrumpe y se manifiesta más allá de las responsabilidades y jerarquías formales”. Es la irrupción de la política ambivalente, de múltiples niveles que trasciende al Estado, al sistema político y a las responsabilidades formales. En este contexto, la constelación de la política de la sociedad industrial se está haciendo apolítica, mientras que aquello que en la sociedad industrial era apolítico está deviniendo político. Asistimos, de este modo, al renacimiento de la subjetividad política y de un mundo en el cual los ciudadanos se orientan hacia los movimientos de base, no están vinculados a clases ni partidos, son extraparlamentarios, y organizativa y programáticamente difusos y conflictivos.

Asistimos de este modo, a una subpolítización reflexiva de la sociedad en al cual, “el lugar y el sujeto de la definición del bienestar social, de una técnica específica del poder político, de la garantía de la paz pública y de la afirmación provocadora de una historia política de esta sociedad y solo de esta sociedad se han dissociado”. En este contexto, la gente emigra a nuevos nichos de actividad e identidad y deja el nido de su hogar político y en esto se aplica, según Beck, el principio del final de la claridad y la aparición de formas de protesta, retirada y compromiso político marcadas por la ambivalencia. Bajo el manto de la irrupción de la subpolítica —o de la política de la vida en términos de Giddens—, “surge un compromiso contradictorio y múltiple, que mezcla y com-

bina los antiguos polos políticos de tal manera que si pensamos las cosas hasta su conclusión lógica, todos piensan y actúan a la vez derechista e izquierdistamente, radical y conservadoramente, democrática y antidemocráticamente, política y apolíticamente. Todos son pesimistas, pasivistas, idealistas y activistas en aspectos parciales de su identidad”.

Ya no sabemos muy bien que es la política porque está, como representación de un mundo institucionalizado, se ha desvanecido, informalizado y cruzado con lo político, es decir, con la experiencia, representaciones y prácticas cotidianas y no institucionalizadas de la gente acerca del orden colectivo. La confluencia de la política y lo político constituye el golpe de gracia a ese objeto pretendidamente autónomo que se había construido sobre los conceptos de Estado, poder político, gobierno o sistema político. Es decir, representa la muerte de las formas clásicas de definición de la política y, por tanto, la reevaluación permanente de los mapas cognitivos a través de los cuales estudiábamos los fenómenos de la política.

En último término, estas transformaciones de la política y las dificultades que tenemos para fijar los límites y la identidad de la política nos deben conducir a plantear la necesidad de construir una ciencia política que, al enfrentar la confusión generada por sus permanentes diásporas, sea capaz de reconstruir su objeto desde una nuevas perspectivas teóricas. Nuevas perspectivas teóricas que, al sustituir los viejos códigos interpretativos de la política, deben servir de mapa de orientación para diagnosticar, visualizar y estructurar el nuevo panorama de lo político y, claro esta, del conocimiento de lo político y la política en el país.

3. Nuestros miedos y riesgos particulares

Para finalizar quisiera señalar algunos de los impedimentos que tenemos para llevar a cabo un proyecto de este tipo. Específicamente presento algunas reflexiones sobre los rumbos que viene tomando la investigación social sobre la guerra, la política y el conflicto urbano en Medellín y para hacerlo quisiera recurrir a la siguiente cita de Zigmunt Bauman:

*“La ambivalencia, la posibilidad de referir un objeto, suceso o realidad social a más de una categoría, es el correlato específico del desorden. La principal muestra de la ambivalencia y el principal síntoma del desorden es el agudo malestar que sentimos—como individuos y como académicos— cuando no somos capaces de interpretar correctamente una situación o hecho social”*7.

Si uno se pusiera en la tarea encontrar un término, una palabra, que diera cuenta del estado de la investigación sobre el conflicto, la política y la guerra en Medellín, creo que la idea de la ambivalencia y el desorden, tal como se expresa en la cita de Zigmunt Bauman que acabo de leer, constituye una herramienta útil para tal fin.

No sobra aclarar que cuando hago referencia a la idea de la ambivalencia y el desorden me estoy refiriendo de un lado, al estado actual de los estudios sobre la guerra, la política y el conflicto urbano en Medellín, es decir, estoy hablando de la ambivalencia como un problema que afecta la producción

académica sobre el conflicto y la política en la ciudad. Y, de otro lado, me estoy refiriendo a la lectura que podemos hacer de las múltiples fotografías que presenta hoy el conflicto urbano en la ciudad, es decir, estoy hablando de la ambivalencia como la categoría que sintetiza lo que es hoy la ciudad de Medellín.

En este sentido, y refiriéndonos al primer aspecto, la primera afirmación que podemos hacer es que los estudios de la politología en la ciudad de Medellín se enfrentan al mito de la realidad sobrediagnosticada y a la idea de que no hay nada más que decir. Este mito y esta idea no son más que una excusa de muchos académicos para no enfrentar cognitivamente los retos de una ciudad que está marcada por la ambivalencia y que es percibida hoy, desde la óptica académica, como desorden.

En la década de los noventa se publicaron 101 textos, entre libros, artículos y trabajos de investigación, sobre la guerra y el conflicto urbano en la ciudad de Medellín. Análisis cuantitativos del fenómeno en términos de homicidios y escenarios en los que ocurren, descripción y análisis de los actores que intervienen, estudios de los discursos cotidianos sobre la violencia, y estudios históricos, culturales, sociológicos, psicológicos, económicos y políticos alrededor de categorías tales como conflicto, integración social, marginalidad, anomia, descomposición social, territorio, legitimidad y representaciones colectivas, sintetizan el gran campo temático y disciplinar de estos estudios⁸.

Lo que si intento destacar es que el mito de la realidad

sobrediagnosticada –que hoy es defendido por muchos académicos en Medellín-, con toda la falsedad que a él subyace, se sustenta en esta irrupción de estudios y, fundamentalmente, en el temor de muchos académicos para enfrentar la ambivalencia que subyace a una realidad que es percibida hoy como desorden porque no se deja nombrar y explicar a partir de las referencias o categorías cognitivas que contienen estos 101 trabajos.

Querámoslo o no, la principal pretensión -y acaso función- de la reflexión académica y de su instrumento, el lenguaje, es nombrar y clasificar. Dotar al mundo de una estructura y construir un orden (siempre ficticio) que podamos entender. En fin, reducir la arbitrariedad inesperada de la vida en sociedad. En este sentido, el mito de la realidad sobrediagnosticada solo puede sostenerse si asumimos -y eso sería aberrante- que hemos logrado acabar con la ambivalencia y hemos creado una suerte de archivo que contiene todos los grupos de términos y categorías para explicar los fenómenos de una realidad conflictiva como lo es la ciudad de Medellín. Claro está, solventando las dudas que aparezcan a través de la consulta al índice de referencias contenido en los múltiples estudios que hoy existen.

Contra la pretensión de muchos académicos de la ciudad, podemos afirmar que el panorama de la politología en la ciudad nos muestra que afortunadamente no hemos llegado a este mundo plenamente clasificado (a pesar de la perseverancia con la que algunos persiguen la construcción de ese gran archivo). Y no hemos llegado a este mundo clasificado porque eso que algunos perciben como desorden, es decir,

eso que produce malestar porque nos ubica en el plano de la ambivalencia, no es otra cosa que el orden de una sociedad compleja, fragmentada, multivariada, multifuncional y polisémica, que hoy no se deja explicar desde las cartografías existentes. Aquí entramos en el terreno de una segunda conclusión.

Cuando miramos el panorama de los estudios políticos en Medellín podemos afirmar que nos encontramos en un momento en el cual nuestra capacidad para explicar las dinámicas de la guerra, el conflicto y los procesos de lo que algunos han llamado “la construcción de la paz” en la ciudad, es bastante limitada. Esta incapacidad para explicar uno u otro fenómeno -el de las guerras y los múltiples procesos de la paz- está profundamente relacionada con la multiplicación creciente de lo que Boaventura de Sousa Santos denominó entornos turbulentos o entornos sociales en estado de bifurcación.⁹

Siguiendo a Francisco Gutiérrez Sanín podemos afirmar que todas las sociedades tienen un grado de turbulencia, definida por la intensidad y los grados de libertad de los parámetros de incertidumbre que existen, respecto a las estrategias de los actores -formales e informales-, en un universo de situaciones posibles¹⁰. Cuanta mayor turbulencia haya, mayor será el menú de eventos sociales posibles y, como consecuencia, menor será la capacidad de la ciencia para explicar estos eventos, es decir, mayor será la ambivalencia de lo social y, como afirma Bauman, menor será nuestra capacidad para interpretar los procesos que allí tienen lugar. Muy probablemente esta irrupción de entornos turbulentos explique las profun-

das limitaciones de los análisis que hoy se hacen sobre el conflicto urbano en Medellín.

La idea de la turbulencia, la bifurcación y la ambivalencia, como conceptos que describen la realidad conflictiva de la ciudad de Medellín en la actualidad, coloca, entonces, a la investigación académica en nuevos puntos de partida, renovando el archivo de preguntas que podemos hacer. Pero además, estos conceptos nos están mostrando que estas preguntas sólo se pueden abordar si asumimos que en la Medellín de hoy existen nuevos conflictos, nuevos actores y múltiples institucionalidades, es decir, conflictos, soberanías, sociabilidades, formas de acción colectiva, formas de negociación, legalidades, legitimidades y formas de convivencia ciudadana, que escapan, en términos explicativos, a las terminologías, referencias y categorías contenidas en el gran archivo de lo que hasta ahora hemos estudiado y, escapan -y esto es muy importante-, en términos de acciones y programas, a la definición y racionalidad de muchas políticas gubernamentales. Este último aspecto me conduce a la tercera conclusión.

En un ambiente marcado por la ambivalencia y sobre el trasfondo de la pretendida realidad sobrediagnosticada, el desarrollo de los estudios políticos en Medellín muestra que en la ciudad viene tomando cuerpo un tipo de investigación con resultados que pueden tener un efecto bumerán porque es una investigación orientada o dirigida, casi siempre patrocinada por instituciones gubernamentales y que no toma distancia del poder -o dice lo que los poderes necesitan que diga- y, porque se inscribe en dos temáticas fundamentales:

la seguridad ciudadana y la convivencia pacífica. Además, es una investigación que intenta responder a la una única pregunta ¿qué se debe hacer para enfrentar estos dos problemas?.

Cuando digo que es una investigación cuyos resultados pueden tener un efecto bumerán, lo que pretendo afirmar es que en ellas no importa la hipótesis sobre el problema, sino el instrumento vigente -de la seguridad o la convivencia- que hay que justificar. En este sentido, las direcciones que está tomando la investigación sobre fenómenos políticos en la ciudad de Medellín pone en evidencia la entrada en escena de una investigación acrítica, atemorizada e institucionalizada, que más que por preguntas se orienta por justificaciones y que produce resultados o instrumentos que llevados al campo de las políticas gubernamentales conducen, en muchos casos, a un progresivo agravamiento de las condiciones de inseguridad y a un deterioro de los ámbitos reales de convivencia pacífica que existen en la ciudad -no sobra decir que algunas veces todo esto se logra a costa de la libertad y las garantías ciudadanas-.

La larga búsqueda del orden encuentra, en la peligrosa fusión de la academia y algunas instancias gubernamentales, el mágico amuleto para clasificar las conflictividades urbanas, manipular sus posibilidades, hacer unos conflictos más verosímiles que otros, dividir al mundo en aquellas entidades que corresponden al nombre que damos a las cosas y aquellas que no, y justificar acciones que sean efectivas para mantener “el orden” y negar la arbitrariedad y la contingencia. Es decir, encuentra el mágico amuleto para hacer una investiga-

ción acrítica, llena de preguntas equivocadas y que en sus resultados puede tener efectos perversos sobre los conflictos de la ciudad.

Finalmente, a manera de hipótesis, y corriendo el gran riesgo de la generalización, me atrevo a afirmar que los rumbos que está tomando la investigación sobre la guerra, la política y el conflicto urbano en la ciudad de Medellín responde a un fenómeno más amplio: el de la paulatina y peligrosa desaparición de los académicos colombianos con capacidad de cuestionar al poder —a los múltiples poderes que dan forma a la realidad colombiana— y de volver trizas las verdades establecidas, incluso, por la misma ciencia. Y esta progresiva extinción del intelectual —del académico— esta relacionada con cuatro enfermedades que nos corroen: la impotencia ante la guerra, el virus de la democracia, la seducción de la tecnocracia y el fin de la utopía socialista.

Hoy es una verdad de perogrullo afirmar que Colombia es un territorio —o muchos territorios— de guerra. Y tampoco se dice nada nuevo cuando afirmamos que la guerra —o las guerras— están desempeñando un papel central en la producción, redefinición y reorganización de los territorios y contextos sociales donde ella se escenifica, es decir, la guerra está desconfigurando y reconfigurando al país a partir de la estructuración, siempre inestable y transitoria, de órdenes alternos y en disputa en los cuales se expresan múltiples contrapoderes, parapoderes y soberanías. Y en estos mapas de configuración cambiante, donde la guerra toca casi todo, los académicos que asuman la tarea de ser un posible referente de la opinión crítica de la sociedad, son una parte más

del botín que se disputan los guerreros —y no olvidemos que estas disputas, aunque no nos guste, son con sangre y fuego— Aunque suene un poco cínico, las guerras y los conflictos renuevan permanentemente las preguntas de investigación.

Pero estas preguntas son inabordables, no se pueden responder, están prohibidas. Son preguntas que la guerra no hace públicas y no permitirá que se hagan públicas. Ante ellas, los académicos, perplejos, callan. Y lo hacen por que el exilio o el silencio son dos formas respetables de resistencia contra el poder y, fundamentalmente, contra el miedo.

Posiblemente, porque no hay más opción, la función crítica de los académicos, que les podría permitir ejercer una función orientadora en medio de la crisis, es una “conciencia crítica cautiva”; inconforme, pero al mismo tiempo pasiva, resignada e, incluso, resistente. La muerte del intelectual tiene que ver, entonces, con los miedos y los silencios que produce la guerra, Sin embargo, como afirma Gonzalo Sánchez, esto no debe sorprendernos pues, “como lo muestra la Revolución Mexicana, las grandes figuras intelectuales no surgen (ni hablan) en el curso de la guerra, sino después de la misma”¹¹.

Paralelamente, muchos académicos han sucumbido ante las delicias democráticas generadas por la Asamblea Nacional Constituyente y la promulgación de la Constitución de 1991. El optimismo democrático replanteo las relaciones entre los intelectuales y el Estado, llevó a los académicos a establecer nuevas representaciones de la sociedad y nuevas alternativas para enfrentar la crisis de legitimidad de las élites y las insti-

tuciones vigentes". En este contexto, como afirma Gonzalo Sánchez, se aflojaron "los vínculos orgánicos, las colaboraciones o las simpatías, de numerosos núcleos intelectuales con la insurgencia" —y esto no es malo—, y se creó un "Nuevo Pacto Cultural" entre los académicos y las instituciones Estatales —y aquí posiblemente está el problema—.

En el contexto de este nuevo pacto cultural, muchos académicos, con un optimismo bastante acrítico, hacen manifiesta su intención de incidir "en las políticas estatales, en los actores políticos y en la construcción de instituciones democráticas", menoscabando en muchos casos, la autonomía crítica que los define como tal. Y en este contexto, profundamente acrítico, los académicos adoptan, como señala Sánchez, "una pose desencantada frente a su mundo circundante". Una nueva melancolía optimista que no les permite definirse, "teórica e ideológicamente, frente a las posibilidades reales o potenciales de cambio de la sociedad".

Muchos académicos, que no han sido silenciados por la guerra o por la fe democrática, sucumben ante los encantos de la tecnocracia. Cambian sus cubículos del campus universitario, sin salir de él, por oficinas de cristal y se convierten, como afirma Bartra, "en expertos, especialistas y consejeros profesionales" de las burocracias y de las oficinas donde se diseñan las políticas públicas necesarias para que retorne el orden.

Sin quererlo, los académicos tecnocratizados son aquellos portadores, como lo señale atrás, del mágico amuleto para clasificar las conflictividades urbanas, manipular sus possibili-

dades, hacer unos conflictos más verosímiles que otros, dividir al mundo en aquellas entidades que corresponden al nombre que damos a las cosas y aquellas que no, y justificar acciones que sean efectivas para mantener "el orden" y negar la arbitrariedad y la contingencia. Es decir, son aquellos que hacen una investigación acrítica, llena de preguntas equivocadas y que en sus resultados puede tener efectos perversos sobre los contextos en los cuales pretenden intervenir.

Debo anotar, sin embargo, que esta tecnocratización del académico está profundamente relacionada con la penetración en el mundo universitario de las lógicas del mercado y la necesidad. Quizá no podamos pedir purismos en la investigación cuando aquellos que tienen como financiarla no están interesados en la crítica. En la sociedad de mercado, que impone principios de eficiencia y autosostenimiento, el que hacer académico está condicionado por criterios de utilidad y rentabilidad a corto plazo, y esto conduce necesariamente a la desaparición del conocimiento crítico y a la consolidación de un conocimiento instrumental que hace hincapié en las demandas que imponen los diseñadores de las políticas públicas.

Finalmente, quedan los intelectuales que enfrentan las tres enfermedades anteriores gracias a su radicalidad y militancia, pero que, al perder las coordenadas ideológicas y políticas que le daban sentido a su mundo —ya no se atreve a hablar de la revolución socialista, de la miseria, ni del marxismo—, pierde su capacidad crítica y se refugia, como afirma Bartra, en una profunda congoja existencial *light* o en el mundo privado de su pesimismo extremo. Muchos académicos de

izquierda han aceptado morir lentamente y lo hacen, olvidando el sentimiento de las mayorías para refugiarse en el mundo privado de su crisis existencial.

Posiblemente queden muchos académicos que no padecen de estas cuatro enfermedades. Ello tranquiliza. Sin embargo, “como no sabemos si realmente estamos presenciando la extinción definitiva de la especie o sólo se trata de una decadencia transitoria”, no sobra pensar el posible escenario de la muerte intelectual. Yo, siguiendo el consejo de Bartra, ya escogí el mío, pero, al igual que el, no les diré cuál es.

Muchas Gracias.

Notas

¹ A. Heywood. *Political ideas and concepts*. Londrés, Macmillan, 1994, p. 16.

² G. Murillo Castaño y E. Ungar Bleier. “Evolución y desarrollo de la ciencia política colombiana: un proceso en marcha”. *Revista de Estudios Sociales No. 4*. Bogotá, Facultad de Ciencias Sociales, Uniandes, Fundación Social, agosto de 1999, pp. 36-53.

³ Véase: G. Murillo Castaño y E. Ungar Bleier. *Op. cit.*, p. 43.

⁴ *Ibid.*, pp. 37-39.

⁵ Véase: *Ibid.*, pp. 38-39.

⁶ *Ibid.*, p. 51.

⁷ Zigmunt Bauman. “Modernidad y ambivalencia”. En: Joxelxo Beriaín (comp). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos, 1996.

⁸ Los datos que aquí se presentan fueron tomados de la investigación “Estado del conocimiento sobre la violencia urbana en Antioquia en la década de los noventa”, realizada por la Universidad de Antioquia, la Universidad Eafit y el Instituto de Ciencias de la Salud -CES-.

⁹ Boaventura de Sousa Santos. “Pluralismo jurídico, escalas y bifurcación”. En: Jaime Giraldo Angel. *Conflicto y contexto. Resolución alter-*

nativa de conflictos y contexto social. Bogotá, Tercer Mundo, Instituto SER de Investigaciones, Colciencias, Programa de Reinserción, 1997.

¹⁰ Véase: Francisco Gutiérrez Sanín. “Gestión del conflicto en entornos turbulentos”. En: Jaime Giraldo Angel. *Op. Cit.* p. 91.

¹¹ Gonzalo Sánchez Gómez. “Intelectuales... Poder... y cultura nacional”. *Análisis Político No. 34*. Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional, mayo-agosto de 1998, p. 130.